

esta ceremonia asistieron en las galerías dispuestas al efecto en los lados de la sala conciliar, S. M. la emperatriz de Austria, S. M. el rey de las Dos Sicilias, S. M. la reina de Wurtemberg; SS. AA. RR. el gran duque y la duquesa de Parma, S. A. I. y R. el gran duque Leopoldo de Toscana con la gran duquesa su esposa, SS. AA. RR. los condes de Girgenti, los condes de Caserta y los de Trápani, y los mas altos dignatarios seculares de la corte pontificia y el cuerpo diplomático acreditado cerca de Su Santidad.

El discurso de apertura estuvo confiado al Obispo de Icomio *in partibus*. Hé aquí este notabilísimo documento:

*Discurso de inauguración.*

«Beatísimo Padre: Elegido para dar principio al acto mas santo y mas grave que puede tener lugar en el mundo, confieso que reconociéndome incapaz de cumplir esta misión, en mi temor la hubiera declinado, si aquel que preside esta Asamblea con el esplendor de toda la majestad sacerdotal no me hubiese animado y confortado. Por lo tanto, aunque ni por la edad, ni por el ingenio, ni por la autoridad ó mérito pueda compararme con los que son mis colegas en el Episcopado, he aceptado este deber, confiado principalmente en esta sentencia del Espíritu Santo: *Vir obediens loquetur victorias*.

«Además de esto hay otra razón que ha contribuido no poco á decidirme. Habiendo empezado á respirar el aura vital en la ciudad donde la Iglesia católica celebró su último Concilio, tan justamente alabado por todos y tenido por un prodigio, he creído que la divina Providencia, que como es sabido ordena todas las cosas de la tierra, me habia elegido por la solicitud del Supremo Vicario de Cristo, entre todos los otros á fin de traer á vuestra memoria, al menos por mi indignidad, los saludables beneficios que se esparcieron por el mundo por medio de aquel Concilio, cuyo recuerdo encenderá en vuestras almas la suma esperanza de que la misma Providencia estará ahora con vosotros, y en sus misteriosos arcanos y designios dispondrá todas las cosas en beneficio de la Iglesia.

«Confortado con estas reflexiones, cobro ánimo para cumplir el encargo que la obediencia, no menos que el designio providencial de Dios, me ha impuesto; y así doy comienzo á este Sínodo de la Iglesia universal con estas palabras de David: *Caminaban llorosos echando las simientes, y vuelven gozosos trayendo la cosecha*. Estas palabras, me parece que retratan bien á nuestros ojos el triste estado de lo presente y al mismo tiempo el despejado horizonte de las cosas futuras.

«Ninguno de vosotros, venerables Padres, creo puede ignorar que las palabras que acabo de citar han sido con sábia razón aplicadas por la Iglesia á los Apóstoles y á su divina misión. Porque no podeis ignorar como los Apóstoles, llenos del espíritu divino que JESUCRISTO les habia ofrecido por estas palabras: *Os enviaré el prometido á vosotros por mi Padre; pero entre tanto permaneceréis en la ciudad hasta que seais revestidos con la virtud de lo alto*, comenzaron á hacer resonar por la tierra la predicación evangélica. Sabeis como provistos abundantemente por el Verbo mismo de la simiente de la celestial doctrina, la esparcieron por toda la haz de la tierra, la cual era maldita desde el principio del mundo por las malas obras del hombre, y transformada en el espacio de cuarenta siglos, como hablando de la misma Roma

dice san Leon el Grande, *en una selva llena de animales feroces, y en océano de tempestuosas profundidades*.

«Sabeis, y aun me parece que lo veis aquí con vuestros propios ojos, como aquellos pobres pescadores, privados de todos aquellos auxilios en que se funda la humana confianza, surcaron solos la inmensidad de los mares, penetrando sin armas en tierras rodeadas de desiertos ó inaccesibles por las montañas, recorriendo reinos y provincias dilatadísimas sin baston ni bolsa; y todo esto ¿quién lo hubiera creído? tan solo por libertar á naciones bárbaras de la vergonzosa esclavitud, y á otras de sus costumbres corrompidas y del orgullo que habian adquirido por las letras y las ciencias, pero no menos que las otras embrutecidas por los vicios de todo género, sujetándolas al dominio de la cruz del Señor.

«Lo que no puede comprenderse suficientemente, las grandes fatigas que hubieron de experimentar, las calamidades que sufrieron, y en suma las injurias y persecuciones que se desencadenaron contra ellos. No seria suficiente todo el día si yo hubiese de pintar todas esas cosas con mi palabra, porque son innumerables y casi indecibles. *Yo no encuentro*, son palabras del Crisóstomo, á quien una meditación continua le habia dado conocimiento exacto de todas estas cosas, *yo no encuentro el modo de hablar ó de discurrir contemplando vuestras aflicciones. ¿Cuántas cárceles santificásteis? ¿Cuántas cadenas honrásteis? ¿Cuántos tormentos sufristeis? ¿Cuántas maldiciones tolerásteis? ¿De qué modo llevásteis á CRISTO? ¿De qué modo alegrásteis la Iglesia con vuestra predicación?*

«Con verdad os digo que era de los Apóstoles de quien cantaba el Profeta de los Salmos, que *caminaban llorosos echando las simientes*. ¡Pero observad, venerables Padres, el efecto verdaderamente maravilloso de este llanto apostólico! Así como el rocío de la noche cae gota á gota sobre el árido suelo y hace que germine la yerba, que verdeen las hojas, que se levanten las flores cuyos capullos languidecian, abriéndose su cáliz, esparciendo por el aire una suavísima fragancia de mil olores; así la simiente de la verdad esparcida en aquellos áridos campos, que fueron regados con las lágrimas de los Apóstoles, produjo frutos superabundantes, y en vez de la primitiva esterilidad se presentó una fecundidad admirable, y donde antes tan solamente despuntaban abrojos y espinas, encontraron los segadores abundantes mieses, buenas para formar haces y colocarlas en el granero del Señor.

«Tales sucesos, como vosotros sabeis, fueron los frutos alcanzados por los innumerables trabajos de los Apóstoles. Porque el llanto de ellos á vista de tan abundante cosecha se tornó en alegría, y el júbilo disipó la tristeza: por esto su ánimo debió inundarse de un consuelo tanto mas grande, cuanto mayor habia sido la amargura en que habian estado sumidos, y mayor debia ser la recompensa que esperaban conseguir de tales frutos, cuando se presentasen al dueño de la viña: *Vendrán alegremente trayendo sus haces en las manos*.

«Siendo esto así, no dudo, venerables Padres, que en la condición de los Apóstoles he demostrado cuál es hoy la vuestra. Yo veo en efecto que llenos de gozo habeis acudido á esta augusta Asamblea desde los mas remotos países; pero tambien veo las señales de vuestros rostros, vuestras cabezas inclinadas bajo el peso de gravísimos cuidados, vuestros corazones llenos de dolor á causa del horrendo estrago de las almas, que el antiguo enemigo del género humano ha producido, y de los males aun mayores que prepara para

el porvenir. Veo, digo, que habeis acudido á este místico cenáculo, á fin de que unidas vuestras fuerzas y acuerdo se recoja una semilla mas abundante de verdad y de justicia. No será vana vuestra expectacion, como lo demuestra claramente la misma gravedad de las materias que deberán tratarse en este Sínodo.

«Sea léjos de mí el querer prevenir vuestras sapientísimas deliberaciones, si fijándome en las líneas luminosas extensamente trazadas por nuestro augusto Pontífice, me atrevo á afirmar que os serán dados todos los medios posibles para recoger de este Sínodo abundante cosecha de celestial simiente. Se tratará, en efecto, de remover al pueblo cristiano de las fuentes corrompidas y viciadas por la lluvia de los errores, para conducirlo á las limpias é inagotables aguas del Salvador: se tratará de investigar de qué modo la accion benéfica de la Iglesia se podrá vigorizar, ora dándole nuevas formas, ora fortaleciéndola con nuevas armas para que segun el fin de su divino establecimiento pueda penetrar en caminos hasta ahora no recorridos, abriéndose poco á poco nuevos senderos, de modo que pueda mas segura y fácilmente difundirse la virtud y la gracia del Paraclete en cada uno de los miembros del cuerpo místico de CRISTO. Verémos tambien de qué manera podrán aunarse las fuerzas vivas de los fieles de tal modo que puedan resistir los conatos y esfuerzos del ateísmo, de la hipocresía y de la impiedad, haciéndolos vanos, quebrantándolos y aniquilándolos por completo: de qué modo, en una palabra, el espíritu y la vida de los cristianos se podrá reanimar, de modo que se les haga resplandecer con aquella misma luz divina con que resplandecieron primitivamente en la tierra, cuando esta nuestra Religion, bellísima y amada hija de Dios, purificada por el Sacramento del agua y de la sangre que manaron del costado del Redentor, descendió del Calvario para efectuar la conquista del mundo que habia recibido en herencia.

«No de otro modo puede pensarse acerca de esta nuestra grande Asamblea. Y en verdad, ¿quién podrá concebir suficientemente cuánta y cuán pastoral caridad debe surgir de ella como de otro cenáculo? ¿Qué manantial de sabiduría no brotará de aquí, cuando uniendo para el bien comun no solo los conceptos de vuestro entendimiento, sino tambien los afectos del corazon, examineis con suma diligencia las gravísimas necesidades de toda la humanidad? Estoy cierto que, terminada que sea esta Asamblea, saldréis de Roma, de esta nueva Jerusalem, para regresar á vuestras diócesis, enriquecidos con un tesoro inmenso de doctrina y de virtud. Los reinos de Europa, las extremidades del Asia y las islas del Océano, los países de África y América, os acogerán de nuevo y os verán inflamados con el fuego del Espíritu Santo, y tornados en hábiles agricultores labrar terrenos hasta ahora incultos, sembrando los campos y cavando las viñas á fin de que produzcan nuevos frutos y en grande abundancia.

«Pero de esto, venerables Padres, nacerán trabajos, dias amargos y dolores innumerables, empezando á cumplirse en vosotros aquellas palabras de David: *Caminaban llorosos echando las simientes*. Porque ahora, cuando pongais mano á la obra, os será manifiesto con cuántos y cuán poderosos enemigos tendréis que combatir. Por una parte, aquellos que se llaman filósofos y políticos, y por otra los príncipes, los reyes y los mismos pueblos formarán una vasta conjuracion para hacer fracasar los estudios de vuestra piedad y los beneficios de vuestro celo; á mas tambien se reunirán los hombres impíos, y

ya profesando abiertamente el ateísmo, ó bien encubiertos con el manto de la repugnante hipocresía, no dejarán piedra por mover á fin de arruinar hasta en sus fundamentos, si posible les fuera, la católica Religion. ¡Ah! ¡Qué guerra tan feroz y prolongada se encenderá! ¡Ah! ¡cuántos enemigos obstinados é implacables! Añadid á esto la llaga tal vez mayor de todas, la indiferencia de muchos que aflige á la Iglesia de CRISTO y hace que los países mas cultivados y mas ricos se conviertan en breve en campos estériles y solitarios donde por mucho tiempo reinen la aridez y la muerte.

«Á través de estos escollos y embravecidas olas tendréis que caminar, venerables Padres; tendréis que hacer frente á esas tempestades que nos amenazan, manteniéndoos al frente de ellas firmes como sobre una roca inquebrantable. En medio de ellas habeis de dirigir la nave, manejar los remos y trabajar con tanto esfuerzo, que la nave sana y salva sea conservada y restituida con usura á aquel Padre de familia que os la ha confiado,

«Y no hay que maravillarse de que así suceda, venerables Padres, pues vosotros mismos podeis ser testimonio de ello; pues vosotros conoceis no solamente con el ejemplo de otros, sino tambien (al menos en parte) con vuestra propia experiencia, que es imposible que una obra tan grande pueda, no digo conducirse á la perfeccion, pero ni aun comenzarse sin que haya que atravesar un vasto piélago de penas y de amarguras. Preciso seria en verdad no haber aprendido nunca lo que significa la mision de CRISTO y en qué consista el sublime oficio episcopal, ó bien lo que seria sumamente vergonzoso, ignorar completamente los extraordinarios males en que se halla sumergido el género humano, para no descubrir á primera vista á qué peligros y contradicciones está expuesto el que lleva sobre sí semejante cargo, y para no temer por el éxito, si no se está preparado á decir como el Doctor de los gentiles: *Entrego mi carne para suplir lo que falta á la pasion de CRISTO en su cuerpo, que es la Iglesia*.

«Mas ¡oh ilustres Padres! sean llenos de valor y de constancia vuestros pechos. Ya que segun los arcanos y designios del Señor la simiente mística de la doctrina evangélica no puede germinar, ni crecer, ni vigorizar por la belleza y producir alegres flores, sino con la condicion de que sea siempre bañada y regada con la sangre de los hombres apostólicos; consuélenos el saber que es tambien voluntad del mismo Dios que las lágrimas que se vierten por la causa de la justicia y de la verdad, sean abundantemente recompensadas con piadosas y santas consolaciones, porque escrito está: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. Y si de los discípulos de CRISTO y de otros predicadores del Evangelio se ha dicho que *caminaban llorosos echando las simientes*, tambien se ha dicho de ellos que *volvian gozosos llevando la cosecha*. Esta segunda parte de la profecía se ha cumplido con toda exactitud desde el principio de la Iglesia, de tal modo que el Apóstol pudo escribir: *De la misma manera que abundan en nosotros los sufrimientos de CRISTO, así tambien abunda nuestro consuelo*; el mismo efecto producirá en vosotros, si animados del mismo espíritu que vuestros predecesores, seguís valerosamente sus huellas, sabiendo que *así como sois sus compañeros en los sufrimientos, lo seréis tambien en los consuelos*.

«Y que al fin de esta vida conseguiremos el premio de nuestras fatigas, que Dios nos reserva un gran premio en el cielo, lo vemos claramente demostrado en esta ocasion; es decir, en el modo verdaderamente maravilloso con

que ha podido reunirse este Concilio de los Padres de toda la cristiandad. Porque ¿quién no ve que por este acto, tan felizmente comenzado en medio de toda clase de dificultades, Dios quiere darnos un indicio cierto de lo que podemos esperar para el porvenir, si no ponemos impedimento á este rio de verdad y de justicia que pronto se precipitará desde la roca Vaticana? Y aquí séame lícito recordar, aunque con tristeza, los sublimes dolores del Padre y de los hijos.

«Acogidos como en un refugio á la sagrada sombra del Vaticano, mirábamnos estupefactos las inmensas ruinas que Satanás amontonaba en torno nuestro; nos maravillábamnos al ver cada dia crecer los torbellinos de la impiedad, amenazando hasta este mismo asilo de la paz: temblorosos por todo esto, gimiendo y llenos de terror pensábamnos que llegaría la hora en que sentados sobre las ruinas del santuario, y próximos á exhalar el postrer aliento, repetiríamos las tristes voces del que lloraba por sus hermanos: *¡Por qué está desierta hoy la ciudad antes tan populosa: la señora de las naciones está como viuda: la princesa de las provincias está sometida al tributo!* Pero hé aquí que un rayo de luz purísima ha roto tan densas tinieblas y de nuevo anima nuestra esperanza cási extinguida. En la mente de nuestro supremo Jefe que rige el timon de la nave surge el pensamiento de convocar cerca de sí á los ancianos del nuevo Israel, los que con él son jueces de la fe, á fin de que con el comun parecer de todos se provea prontamente á la defensa del tabernáculo de Dios, asaltado de innumerables y terribles enemigos hasta en lo mas profundo de sus cimientos.

«Era esto al principio como la niebla de la mañana que desaparece con presteza, como la luz del relámpago que recorre los espacios y que se desvanece. Pero el Paracleto, ese espíritu que procede del Padre y del Hijo, y que asiste siempre con su proteccion á esta augusta Cátedra, fecunda con los rayos de su luz este pensamiento, y ¡cosa admirable! semejante al grano de mostaza, *el cual, como atestigua el Evangelio, es el mas pequeño de los granos, pero que aumenta y crece por cima de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol de modo que las aves del cielo vienen á reposar en sus ramas;* este pensamiento, digo, por la poderosa virtud del Paracleto, se difunde, crece, y con la mayor presteza se convierte en gigante. Y hé aquí que nos hallamos de todas las partes del mundo congregados en uno en esta inmensa Basílica, prodigio del arte cristiano. Hénos aquí cabe el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, donde se aspira el aura de las virtudes episcopales; junto á los sepulcros de Leon, de los dos Gregorios y del Crisóstomo, de los cuales, despues del largo trascurso de los siglos, puede decirse que sale un rio de elocuencia para regar los campos de la Iglesia católica. Pero lo que debe confortarnos mas que todo y conmover nuestros ánimos, es el hallarnos cerca de la misma persona de Pedro, que viviendo en sus legítimos sucesores, parece exclamar con el mismo trasporte de amor y con la misma fe de la vez primera: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo;* y hacernos oír nuevamente la respuesta del Redentor, sentado en el cielo á la diestra del Padre: *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

«He querido traer á la memoria todas estas cosas, venerables Padres, para reanimar y fortalecer nuestra confianza, y para que nuestras almas se inflamen en el deseo de perfeccionar esta obra, es decir, este santo Sínodo, en el

cual se hallan fijas, no diré tan solo las miradas de los pueblos, sino la esperanza del mundo entero. Tal vez este Concilio será para vosotros por razon de la justicia ocasion de muchas y graves aflicciones y os hará sufrir grandes angustias, pero por otra parte se abrirá para vosotros la fuente de suavísimos consuelos que os proporcionarán grandes triunfos durante vuestra vida.

«Preciso es empezar al presente la obra con dolor y con lágrimas, pero vendrá despues el tiempo, y tenemos por testigo al mismo Hijo de Dios, en el cual la alegría sustituirá á nuestros dolores, porque escrito está: *En verdad os digo que lloraréis y gemiréis: el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.*

«Esta esperanza no podrá salir fallida, si nosotros aplicamos todas nuestras atenciones al objeto de este Concilio ecuménico, que consiste en la gloria de Dios y en la eterna salvacion de las almas: si sobre todo nos esforzamos en que este Concilio brille como la piedra mas preciosa entre todas las que adornan la frente del venerando y magnánimo Pio; si en suma los fastos eclesiásticos pueden transmitir en letras de oro á la posteridad que la paz de los ánimos, la concordia de los pensamientos, la moderacion de las empresas, la dignidad de las discusiones, la equidad de los juicios y la sabiduría en todas las deliberaciones dominaron el corazon y el alma de los venerables Padres, de tal manera que el dia que estas puertas cerradas ahora se abran de nuevo para hacer oír al mundo entero estas palabras: *Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, la tierra misma experimente el impulso del Espíritu Creador y se reconozca completamente renovada, segun estas palabras: Envía tu Espíritu, y todas las cosas serán criadas, y se renovará la faz de la tierra.*

«Que por la intercesion de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, cuya Concepcion Inmaculada celebra hoy con alegría el mundo todo, se digne concedernos esta gracia el eterno Hijo de Dios, Señor y Redentor nuestro, CRISTO JESÚS, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en la perpétua eternidad. Así sea.»

Tal fue el discurso con que se inauguró el santo Concilio, que fue escuchado con la mas religiosa atencion por la augusta Asamblea. Empero, lo mas importante de esta sesion, fue el pronunciado por su santidad Pio IX, en cuyo semblante se dejaba conocer el gozo que inundaba su alma al verse rodeado de todo el Episcopado católico, que testimoniaba á la faz del mundo la unidad admirable de la Iglesia.

Hé aquí el discurso de Pio IX.

«Venerables hermanos: En gran manera nos congratulamos, pues aquella gracia que impetrábamnos de Dios con todo el fervor de nuestras oraciones, esto es, que nos permitiese celebrar el Concilio ecuménico por Nos convocado, nos ha sido concedida. Nuestro corazon se llena de júbilo en el Señor y está henchido de inefable consolacion al ver que en el faustísimo dia consagrado á la Concepcion de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, vosotros, que habeis sido llamados á tomar parte en nuestra solicitud, habeis venido nuevamente y en mayor número que otras veces á congregaros en esta roca de la religion católica, y nos regocijamos con vuestra presencia.

«Ahora, pues, venerables hermanos, os encontrais aquí reunidos en el nombre de JESUCRISTO, para dar con Nos testimonio al Verbo de Dios y rendir homenaje á JESUCRISTO, á fin de enseñar con Nos á todos los hombres el

camino de Dios en la verdad, y de juzgar con Nos, guiados por el Espíritu Santo, de las contradicciones de la llamada falsamente ciencia.

«Mas que nunca en estos tiempos, en los que con verdad puede decirse que la tierra ha sido contaminada por sus habitantes, el celo de la gloria divina y la salud de la grey y del Señor reclama de Nos que rodeemos á Sion y la tengamos abrazada, que hablemos en sus torres y pongamos el corazón á su servicio.

«Ya veis, venerables hermanos, con cuánto ímpetu el antiguo adversario del género humano ha asaltado y sigue todavía asaltando la casa de Dios, á la cual pertenece la santidad. Por obra suya se dilata esta funesta conspiración de los impíos, la cual, fuerte por la union, poderosa por sus riquezas, reforzada por sus instituciones, y cubriendo la malicia con el velo de la libertad, no cesa de acrecentar la cruelísima y encarnizada guerra que ha declarado á la santa Iglesia de Cristo. Vosotros no ignorais el género de esta guerra, su fuerza, sus armas y progresos. Continuamente teneis ante la vista la perturbacion y la confusion de la sana doctrina, en la que descansa todo el orden de las cosas humanas, la perturbacion de todo derecho, las múltiples artes de la mentira y de la corrupcion con que quebrantan los vínculos saludables de la justicia, del honor y de la autoridad, que encienden el fuego de las pasiones, que alteran totalmente la fe cristiana en las almas; de tal modo que seria de temer como cosa cierta en los tiempos presentes el exterminio de la Iglesia de Dios, si esta pudiese ser destruida por las maquinaciones y esfuerzos de los hombres. Pero «nada hay, dice san Juan Crisóstomo, mas poderoso que la Iglesia: ella es mas fuerte que el mismo cielo. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán jamás.» ¿Y qué palabras son estas? «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

«Bien que la ciudad del Señor de las virtudes, la ciudad de nuestro Dios esté establecida sobre fundamento inexpugnable, con todo, reconociendo y deplorando de lo íntimo del corazón tan gran número de males y la ruina de tantas almas, por cada una de las cuales estamos dispuestos á dar la vida, Nos, que ocupamos sobre la tierra el destino de Vicario del eterno Pastor, debemos mas que otro alguno estar inflamado del celo de la casa de Dios, nos proponemos seguir los caminos y los medios que parecen mas útiles y oportunos para proveer de remedios á los daños que sufre la Iglesia. Así, pues, recordando frecuentemente estas palabras de Isaías: «Apela al consejo, convoca el Concilio,» y considerando que nuestros predecesores emplearon con felices resultados este remedio en las mas graves necesidades de la república cristiana, despues de muchas oraciones, despues de haber consultado mucho con nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia romana, despues de haber pedido el parecer de muchos Obispos, resolvimos llamar al rededor de esta cátedra de Pedro á vosotros, venerables hermanos, que sois la sal de la tierra, los custodios y pastores de la grey del Señor; y en este día, con el favor de la divina bondad, la cual ha quitado todo impedimento para tan alta obra, damos principio á la santa congregacion, conforme al rito solemne de nuestros mayores. Tan grandes son, venerables hermanos, los sentimientos de la caridad de que nos hallamos poseidos en este momento, que no podemos contenerlos en nuestro corazón. Parécenos ver en vosotros la fami-

lia entera de los pueblos católicos, parécenos ver aquí presentes á todos nuestros amadísimos hijos; y tenemos el pensamiento fijo en tantas obras de celo que por vuestro impulso, por vuestro ejemplo, han demostrado maravillosamente y siguen demostrando todavía obediencia y piedad hácia Nos y á esta Santa Sede apostólica; por lo que no podemos menos de expresar pública y solemnemente ante esta gran Asamblea nuestra gratitud hácia todos vosotros, y de rogar fervorosamente á Dios á fin de que estos homenajes de fe, mucho mas preciosos que el oro, merezcan alabanza, gloria y honor en la revelacion de JESUCRISTO.

«Fijamos tambien la vista en la mísera condicion de tantos hombres que engañados vagan del camino de la verdad y de la justicia, y por consiguiente de la verdadera felicidad; y deseamos proporcionarles los medios para su salvacion, recordándoles el ejemplo de nuestro divino Redentor y Maestro JESUCRISTO, que vino para buscar y salvar todo lo que perecia. Dirigimos, pues, nuestras miradas á este trofeo del Príncipe de los Apóstoles, al rededor del cual nos hallamos reunidos; á esta santa ciudad, la cual por merced especial de Dios no ha sido presa de las naciones; á este pueblo romano que nos es tan amado y de cuyo constante amor y fidelidad nos hallamos rodeados; y así nos sentimos impulsados á ensalzar la bondad de Dios, que en estos tiempos se complace en confirmar en Nos la esperanza que tenemos en su divino auxilio. Pero á vosotros principalmente, venerables hermanos, os abrazamos en nuestra mente, pues nos es muy conocido vuestro celo, así como vuestra concordia en trabajar por la gloria de Dios; conocemos el detenido estudio que habeis hecho para cumplir con vuestro deber, y sabemos particularmente la magnífica y estrechísima union de todos vosotros con Nos y con esta Santa Sede apostólica, la cual como ya en nuestras dolorosas pruebas nada puede sernos hoy mas grato que esta union y nada mas útil á la Iglesia; y en gran manera nos alegramos en el Señor, de que vosotros esteis de tal modo dispuestos, que hemos de concebir la mas cierta y sólida esperanza de que esta vuestra reunion sinodal produzca los frutos mas abundantes y felices. Así como en ningun tiempo ha sido mas encarnizada ni astuta que al presente la guerra contra el reino de JESUCRISTO, tampoco ha existido una época en la cual sea mas perfecta la union entre los sacerdotes del Señor y el Supremo Pastor de su grey, de donde proviene á la Iglesia una fuerza admirable; y esta union por gracia singular de la divina Providencia y por vuestra acreditada virtud existe y demuestra que será cada vez mayor; así lo confiamos, para que sea siempre un espectáculo al mundo, á los Ángeles y á los hombres.

«Así, pues, venerables hermanos, trabajad, confortaos en el Señor, y, en el nombre de la misma augustísima Trinidad, santificaos en la verdad, revestidos de las armas de la luz; enseñad con Nos el camino, la verdad y la vida á los que el género humano, colmado de tantos infortunios, no puede por sí mismo aspirar: trabajad en union con Nos á fin de que pueda devolverse la paz á las naciones, la ley á los pueblos bárbaros, el reposo y tranquilidad á los monasterios, el orden á las iglesias, la disciplina á los eclesiásticos, y á Dios un pueblo aceptable. Dios está en su santuario, toma parte en nuestros consejos y en nuestros actos, y quiere que seamos sus ministros y coadjutores en esta obra tan excelente de su misericordia, y en este ministe-